

MODAS.

De Señora. ¿Qué podremos decir á nuestras bellas suscriptoras de modas, que siempre aguardan con ánsia, cuando nada nuevo se presenta, ninguna reforma se vé, ningun dato nos remiten de París?

La respuesta es indudable: nada. Las hechuras de vestidos, ya de calle, de casa ó de baile, las conocen nuestras hermosas: las telas siguen las mismas; rasos entretelados, terciopelos de un color, sargas, moarés y damascos, son las destinadas para los primeros y últimos; merinos y chal para batas.

El peinado está hoy completamente emancipado de toda regla. Tirabuzones, rizos delgados, el pelo cogido en dos trenzas, reducidas á roscas, sentado sobre las sienes cubriendo la oreja, ó despegado de la cara en lo bajo, todo está en voga, todo tiene su encanto y su gracia especial.

El calzado rigoroso es, bota de terciopelo negro ó merino con las vigoteras ó cabos de charol.

De Caballero. Poco mas ó menos nos sucede con las de nuestro sexo, lo que decimos á las bellas. París duerme: París innovador ha desaparecido. Afortunadamente saldrá pronto de esta somnolencia, y nos arrojará con furia á la cara, como dice su padre á D. Zenon Somodevilla, en cientos de figurines de primavera, las credenciales de su actividad y genio creador.

Entre tanto los talles bajos en levitas, especialmente azules, en fraques color de castaña ó azules tambien con boton de metal; los chalecos muy largos, de cuadros ó terciopelo ó raso de un color; los sombreros, hagan ó no un poco de campana, con la copa alta y el ala muy corta, siguen haciendo de un jóven un elegante, y de un viejo, si no modera algo la exageracion, como se lo encargamos en nombre de los parisienses, un payaso.

Las corbatas se llevan, ó muy bajas y sin almohadilla cuando son pañuelos, que de rigor han de ser á cuadros ó rayas, donde campee el encarnado, ó de altura regular y con almohadilla, cuando son chalinás de raso superior ó negro ó con algun ligero floreado en las puntas. Las corbatas hechas están escluidas entre los elegantes y fasionables.

El pelo, corto y echado hácia atrás, como tenemos dicho.

PATRONES PARA FRA.

- Núm. 1.º *Espalda.*
- Núm. 2.º *Cuerpo.*
- Núm. 3.º *Pieza del costado.*
- Núm. 4.º *Faldilla.*
- Núm. 5.º *Parte superior de la manga.*
- Núm. 6.º *Parte inferior de la misma.*
- Núm. 7.º *Pieza del reverso.*
- Núm. 8.º *Cuello.*

LABORES.

- Núm. 9.º *Dibujo para pañuelo de la mano que se borda á cordoncillo.*
- Núm. 10. *Geroglífico.*

SOLUCION DEL ANTERIOR.

La cucaña es una muestra de la lotería.

EL POETA Y EL PINTOR.**II.****El Monge.**

Una hora despues, el compañero de Esteban, que parecia meditar profundamente, sintió una pesada mano sobre su espalda. Estremeciése, y volvió la cabeza; era el monge, que en su impaciencia habitual, no habia podido esperar hasta la noche para cerciorarse del trabajo de sus dos protegidos.

—Y bien, querido poeta, ¿están concluidos los motes?

—No, padre, me es imposible hacer cosa de provecho: la idea solamente de que Carlos V ha renunciado á la corona imperial, de que debe representar mañana aquí una farsa tan indigna de su carácter, me estremece, y me preocupa demasiado para que pueda buscar ni encontrar un solo consonante.

—En verdad, jóven, que juzgas con mucha severidad á Carlos V. ¡Qué! ¿te atreves á llamar una farsa á la grande y sublime prueba que vá á dar de su desprecio y disgusto por la gloria y por las cosas de este mundo? Despues de su abdicacion, ¿qué espectáculo mas imponente que el que ha de celebrarse mañana?

—Teneis razon; un *espectáculo*, como decís vos, que no daría ciertamente el Emperador si verdaderamente hubiese renunciado á las vanidades de la tierra; porque, si quería á todo trance que se le cantase en vida el oficio de difuntos, ninguna necesidad tenia de hacerlo con tanta pompa y en presencia de la corte, llamada espresamente con este objeto desde Madrid.

El monge paseaba á grandes pasos, agitado y como meditabundo, cuando sintiendo atacada violentamente su pierna izquierda por la gota, se vió obligado á recostarse sobre una silla; hizo entonces al jóven pintor una seña para que se acercára.

—Tu compañero, que se vendia por poeta, no ha podido hacer un solo verso; tú, que te vendes por pintor, ¿has sabido hacer algo de bueno? Mucho me temo que hayas hecho alarde de un talento que no tienes tampoco.

Acercóse Esteban con timidez, llevando en la mano uno de los escudos: desarrugóse la frente del monge.

—Esto está muy bien, muy bien: Ticiano y Velazquez no hacian ciertamente mas á tu edad: en vez de una pieza de oro que te habia ofrecido quiero darte diez; sentiría que tuvieses que sufrir el helado soplo de la miseria; él paraliza el ingenio y hace abortar el talento. Pero.... ¿qué hace allá el poeta, que á lo que parece llena de versos aquel libro, en el que poco há no ha sabido escribir unos motes?

—Compone una sátira acerca de la solemnidad de mañana.

—Veámosla, lee.

Adelantóse el jóven, conmovido aun con el ardor de la composicion, y leyó al monge sus

versos con poético entusiasmo. Era una sátira fina, aunque mordaz, brillante, aunque amarga.

Escuchóle atentamente el monge hasta el fin, alabando al paso ciertos pasages, y vituperando otros ágricamente.

—Estos versos merecen ser elogiados como obra poética; eres un autor de talento; pero aquí para entre nosotros, ¿te muestras en esta ocasion valiente y leal? ¿te hubieras atrevido á componer estos versos cuando Carlos V reinaba aun? ¿No es esto, como allá en la fábula, dar un puntapie al leon moribundo?

El poeta hizo el libro de memorias mil pedazos, que arrojó lejos de sí.

—Bien ¡hé aquí lo que nos reconcilia!... Pero la hora del oficio de la noche se acerca: Esteban ha concluido ya sus escudos; es preciso, pues, que nos separemos; nos sería imposible permanecer mas tiempo juntos en este sitio. Id á alojarnos en una de las posadas del pueblo, y no dejéis de asistir mañana á la ceremonia fúnebre; Esteban podrá así juzgar del efecto de sus escudos, y hacer, andando el tiempo, un cuadro que represente la imponente y terrible escena de que será testigo: concluida esta, pienso recomendaros, á tí, Esteban, á Velazquez; á tí, jóven, al Rey Felipe II.

—¡Al Rey Felipe II! ¿Con que le conoceis vos, padre?

—Sí, le conozco bastante, y espero tener aun para con él algun valimiento. En otro tiempo no tenia mas voluntad que la mia.... Buenas noches, el cielo os guarde.

Esteban y su compañero obedecieron, y se dirigian ya hácia la puerta del claustro, cuando despues de haber hablado algunas palabras en secreto, volvió uno de ellos hácia el monge, que contemplaba estasiado las colgaduras fúnebres y el catafalco.

—Padre....

—¿Qué quieres? habla, despacha, pues oigo ya á los monges que vienen al coro.

—Tememos no nos quieran admitir en la po-

sada.... ¡Si pudiérais pagarme la moneda de oro que me ofrecísteis!

—No es una, son diez las que te he ofrecido: y diciendo esto metió la mano en el bolsillo, en donde no halló mas que unas monedas de cobre que miró sonriendo.

—Hé aquí lo que poseo en el día.... los gastos de esta función me han arruinado.... pero mañana he de cobrar la cuarta parte de una pensión de mil ducados, y te pagaré la deuda tan luego como concluya el oficio de difuntos. Ven, pues, sin falta, y espérame.

Entre tanto iban llegando y tomando asiento en el coro los religiosos, y habiendo corrido precipitadamente á reunirse con ellos el monje, quedaron solos los dos jóvenes, no pudiendo menos de mirarse el uno al otro con aire burlón.

—El reverendo padre, dijo el poeta, haciendo sonar en sus manos las monedas, nos promete el oro á puñados, y no tiene siquiera en la bolsa con qué pagar la miserable cena y peor cama de dos pobres artistas como nosotros. No importa, aun nos queda para esta noche la tapa del pastel; con estos cuartos llenaremos mi bota de buen vino, y las gradas del convento nos proporcionarán una excelente cama; porque la noche promete ser hermosa.... de este modo llegaremos los primeros mañana por la mañana á esta extraña ceremonia, que tanto ocupa y dá que hacer á este pobre monje.

III.

La Iglesia.

Era ya bien entrado el día, cuando despertaron los dos amigos al ruido de las puertas de la iglesia, que giraban sobre sus goznes para abrirse de par en par.

Ya ardian los cirios y blandones de la capilla, y los monges no esperaban mas que la llegada de la corte para pasar al coro.

Esteban y su compañero se apresuraron á

entrar en la iglesia, y fueron á colocarse en un oscuro rincón, de manera que pudieran verlo todo sin ser vistos.

—Cuando venga la muchedumbre nadie reparará aquí en nosotros, dijo el pintor, y podré sacar en boceto, con toda comodidad, este curioso espectáculo. Es una fortuna que nos proporciona el acaso, y de que me alegro infinito. Vamos á ver al Rey, y á todos los grandes, y á todas las damas de la corte de Carlos V, y á este sobre todo!... ¡Con qué impaciencia aguardo el instante en que podré contemplar á mi sabor esa espaciosa y poderosa frente, de la que han salido los vastos planes que han conmovido el mundo! ¿Dónde se colocará durante la extraña ceremonia de sus exequias? ¿Qué postura será la suya?... Pero hé aquí que los monges se van colocando en el coro, y nadie ha parecido aun mas que nosotros. ¿Qué se han hecho el Rey, la corte y toda esa muchedumbre de que nos hablaba ayer el monje? Y sin embargo, ya comienza el oficio: hé aquí los sacerdotes que suben al altar y los cantores que entonan el *Introito*.

En efecto, comenzó el oficio, y la nave continuó desierta durante la misa. Nadie vino á ocupar el sòlio Real que se habia levantado para recibir á Felipe II; nadie vino á sentarse en los sillones destinados á los grandes y damas de la corte. El hijo habia olvidado que su padre contaba con sus oraciones; los grandes que el Emperador, cuyas miradas habian tanto tiempo mendigado, los llamaba cerca de él. Habia ciertamente algo de grande y terrible en aquella soledad espantosa, en aquel ingrato abandono, en aquel olvido de todo respeto, de toda piedad para con el hombre que pocos momentos antes era Carlos V.

Segun lo tratado la víspera, Esteban y su amigo permanecieron en la iglesia despues de concluida la ceremonia fúnebre, para esperar al monje. De repente óyense unos gemidos, que salen al parecer del fondo del túmulo; agítase el paño mortuario, y levantado por una mano tem-

blorosa cae á un lado, dejando ver un rostro pálido, desencajado, y como contraído á la vez por una espresion dolorosa y airada.—Era el monge que la víspera disponia los preparativos de la misa de difuntos; pero habia en él un no sé qué de imponente que hizo retroceder á los dos amigos, poseidos de respeto y temor.

—¡¡Nadie!! suspiró el monge, sin apercibirse de los dos testigos que le escuchaban; nadie se ha acordado del Emperador Cárlos V!! ¡Oh! y qué terrible fragilidad la de las grandezas humanas!!
 ¡¡Dios mio!! ¡¡Dios mio!! abreviad estas crueles y costosas pruebas; llamadme presto hácia vos.

Desembarazóse, dicho esto, del paño mortuorio, bajó del túmulo, postróse á los pies del altar, y comenzó á orar, derramando un mar de lágrimas y sollozando amargamente.

Entre tanto el poeta y el pintor no se sentian con fuerzas para adelantarse hácia el monge, pues le habian conocido ya: se hallaban en presencia de Cárlos V.

Concluida su larga y ferviente oracion, tendió el P. Arsenio una mirada á su alrededor, descubriendo por fin á Esteban y su compañero. Hízoles señal de que se acercasen; obedecieron temblando, y fueron á caer á sus pies: el Emperador les alargó la mano para ayudarles á levantar.

—No me rindais esos homenajes y testimonios de respeto, hijos mios; ya lo veis, para el mundo como para Dios, ya no soy mas que el hermano Arsenio. Ni aun conservan de mí aquella vaga memoria que no se rehusa á los muertos, y que les proporciona algunas preces por el reposo de sus almas. ¡¡No hay para mí ni siquiera un *De profundis*!!

Toma este reloj, Esteban, es cuanto me queda de mis riquezas pasadas.... el tesorero de Felipe II no me ha pagado aun la cuarta parte de mi pension, vencida ya hace quince dias.... ¡¡no tiene para darme doscientos cincuenta ducados!! Voy á escribir á Velazquez en tu favor, rogándole además que te reciba entre sus discí-

pulos.... Veamos, dime tu nombre; es preciso que yo lo sepa para recomendarte á él; ninguna traicion debes temer de mi parte, añadió sonriendo; no te denunciaré á los emisarios de tu padre.

—Esteban Murillo, señor.

—¿Y á tí, poeta, en qué puedo serte útil? mi crédito es nulo en la corte; ya lo ves, mi recomendacion, lejos de proporcionarte alguna utilidad, no serviría tal vez mas que para acarrear-te persecuciones como las que han abrumado á mi confesor Bartolomé Lárraga.... Sí, ni el Emperador Cárlos V ni el P. Arsenio parecen bastante ortodoxos á la inquisicion y al Rey Felipe II.

—Señor, contestó el jóven, dos gracias tengo solamente que pedir á V. M.; dos gracias que me colmarían de júbilo y de orgullo al mismo tiempo.

—Habla, las tienes ya concedidas.

—La primera, que os digneis perdonarme las insensatas palabras que tuve la temeridad de dirigiros ayer.

—Las he olvidado ya.

—La segunda, que me permitais acercar los labios á vuestra gloriosa mano....

—Venid á mis brazos: un soldado y un artista son dignos del aprecio de un Emperador. Adios, hijos mios, partid, entrad en el mundo. ¡Ojalá en el seno de las artes podais encontrar una gloria menos dolorosa que la que circunda á un trono! Adios, acordaos alguna vez del hermano Arsenio.

—Jamás, jamás Miguel de Cervantes olvidará este dia memorable, exclamó el poeta arrodillándose delante del Emperador. Esteban Murillo le imitó; Cárlos V estendió las manos sobre sus cabezas y los bendijo: enjugó despues una lágrima, y partió.

CONCLUSION.

Despues de tres meses de marcha (porque cuando dos jóvenes carecen de dinero no pueden viajar sino con mucha lentitud), Murillo y Cervantes llegaron á Madrid,

Cervantes comenzó á escribir, y la publicacion del primer libro del Quijote no tardó en proporcionarle, si no riquezas, al menos la necesaria subsistencia. Lo restante de su historia es bastante conocido para que nos detengamos en ella.

Murillo por su parte no encontró á Velazquez en Madrid, y se vió obligado á recurrir á un medio, de que ya en otra ocasion se valió en Cádiz.

Con una moneda de oro que le prestó Cervantes en un dia de fortuna, compró lienzo, hizo de él cuadros pequeños, que guarneció él mismo, y se puso á pintar, al propio tiempo que algunos asuntos místicos, frutas y flores: un mercader que conocia bien el mérito de estas pinturas, se los compraba á vil precio para remitirlos á América.

Así pasó Murillo, hasta que Velazquez volvió de su viage; apresuróse entonces el protegido del hermano Arsenio á presentarle la carta del monge de San Yuste. Recibióle Velazquez con bondad, y despues de haber examinado algunos de sus cuadros, le animó en gran manera, preguntándole además cuáles eran sus proyectos para en adelante.

—Quiero estudiar bajo vuestra direccion, respondió Murillo, y pasar despues á Italia.

—Apruebo tu pensamiento, y le secundaré en cuanto dependa de mí. Desde hoy mi obrador y mi casa son los tuyos tambien. Como no puedes ser discípulo mio, porque tienes mas que suficiente talento para ser un maestro, me acompañarás al Escorial, donde dividiré contigo mi trabajo.

En efecto, por espacio de tres años trabajó Murillo al lado de Velazquez, no como discípulo sino como un igual, como un amigo. Trascurrido este tiempo, dejó Velazquez á Madrid, y aunque instó vivamente á Murillo para que le siguiese, nada pudo conseguir, pues deseando éste ver á su padre, con quien su nombre y medianas riquezas le habian reconciliado, partió para Sevilla, donde se hallaba á la sazón.

No fué grande por de pronto la sensacion causada en la capital por la llegada del artista, y apenas pudo con bastante dificultad encontrar algun trabajo; pero cuando hubo pintado el pequeño claustro de San Francisco, fué indecible la admiracion. El cuadro de la muerte de *Santa Clara* y *el de San Jaime distribuyendo limosna*, echaron el sello á su reputacion. Revelábase en el uno un colorista émulo de Van-Dyck, y en el otro un digno rival de Velazquez. Encargáronsele entonces un sinnúmero de obras, que le procuraron bien pronto una fortuna mas que independiente.

Lejos de imitar á aquellos artistas á quienes su misma celebridad vuelve negligentes, perfeccionó cada vez mas su estilo, y sin descuidar aquella suavidad de colorido que tanto le distinguia de sus rivales, dió mas soltura á los toques y algo mas de vigor á los tonos.

Colocado en el primer rango de los pintores de su pais, Murillo, solo, bastaba para poner fuera de toda duda el mérito, harto desconocido por desgracia, de la escuela española. Pero donde se escedió á sí mismo fué en los cuadros que pintó para Santa María la Blanca; en la *Concepcion* con que adornó la cúpula de la catedral, y sobre todo, en la *Santa Isabel y el Hijo pródigo*, que acabó en 1674 para la iglesia de la Caridad. Hizo por el mismo tiempo para el hospicio de Venerables otra *Concepcion*, á la que la misma escuela veneciana tendria pocas producciones que oponer. Sería imposible enumerar todas las obras con que enriqueció Murillo las iglesias y conventos de Sevilla. Llamado á Cádiz para pintar el altar mayor de los Capuchinos, ejecutó allí el célebre cuadro de *Santa Catalina*. Estaba concluyéndole ya, cuando se hirió gravemente en el andamio, de cuyas resultas padeció bastante hasta su muerte, acaecida en Sevilla el dia 3 de abril de 1682.

PIEDRAS PRECIOSAS.

DEL ZÁFIRO.

El záfiro es una piedra de color azul celeste y bastante trasparente, que espuesta al sol despide rayos y resplandores. Su color hermoso y su dureza la colocan en grado igual de estimacion y valor al de la esmeralda. En todas las naciones es conocida esta fina piedra con el mismo nombre que nosotros la damos, aunque las procedentes de la India se llaman *nilaa*, y el lugar donde nace *Podia*. El célebre naturalista Plinio dá el nombre de záfiro á los cyanos ó lapizlázuli. Su azul claro y trasparente es muy semejante á la flor del myosótides del Escorpoide. Hay záfiro blancos y otros de un azul bastante oscuro, siendo los últimos hembras y los primeros machos. Si estuviesen privados de todo color se les llama záfiro blancos, y se parecen al diamante.

Los záfiro orientales son superiores á los occidentales. Los primeros se hallan en Calicut, Cananor, Bisnagar y Ceilan, y los mas perfectos en el reino del Pegú. Los segundos en Bohemia y en Silesia, con abundancia, y bastante hermosos. Tambien se crían en estas regiones mas blandos, y, aunque transparentes, tienen un color blanquecino de leche con alguna mezcla de azul, y son llamados luco-záfiro.

El záfiro oriental es de un azul muy subido y hermoso á la luz del dia; pero espuesto á la artificial pierde su vivacidad y toma un color oscuro. El záfiro de Grecia tiene la misma dureza, peso y pulimento que el rubí oriental. Los griegos de la antigüedad lo ofrecian á Júpiter, y el gran sacerdote no usaba de otra piedra preciosa que esta.

En la actualidad el záfiro ocupa el cuarto lugar entre las piedras finas. Júzgase de su precio por el color, pureza y magestad: el que teniendo un color subido no pierde su diafanidad, es

estimado en gran manera. Los occidentales que no reúnen las mismas circunstancias son menos apreciados.

DEL TOPACIO. El topacio oriental es de un hermoso color amarillo, que mas bien es pálido que oscuro, y alguna vez semeja al limon, siendo muy resplandeciente y agradable á la vista. Es tan duro como el rubí oriental, y tiene bastante estimacion. Hállase tambien en Oriente el topacio de la India; pero siendo mas blandos y oscuros que los antecedentes, pues participan de un color de oro, son menos estimados.

Los del Brasil son bastante grandes y gruesos; tienen precisamente el color hermoso del oro; no son tan duros como los de la India, pero algo mas que el cristal de roca, y reciben bien el pulimento; son en extremo brillantes y mas subidos de color que los primeros. Estos se convierten en rubíes con la operacion del fuego.

Tambien se encuentran los topacios en Sajonia y Bohemia, de un amarillo pálido y oscuro; son muy comunes, sin otro mérito que el ser grandes. Muchas son las piedras que corren hoy con el nombre de topacios salamanquinos, y son de un color muy bajo; pero debemos advertir que estos no son verdaderamente topacios, y si solo cristal de roca un poco coloreado.

DEL CRISÓLITA. El crisólita de los antiguos es una piedra preciosa verde y diáfana. La mas comun es un declave de esmeralda, pues nace en su matriz y participa de amarillo. Esta piedra se confunde con el Crisopaso, como digimos hablando del topacio, porque difieren poco las dos.

DE LA AMATISTA. Es la amatista una preciosa piedra brillante y de color púrpura ó violado, aunque algunas suelen ser blancas, y muy semejantes al diamante.

Cuando las amatistas son perfectas, se prefieren á los záfiro, porque no blanquean tanto, y porque imitan tan graciosamente el resplandor natural del diamante.

AGUA-MARINA. El agua-marina es una piedra de color azul claro, especie de záfiro, aunque no

despide de sí tanta luz; es tan blanda, que sin dificultad le entra la lima; pero muy seca al mismo tiempo y se brizna al engastado. Lllaman algunos á esta piedra tarsis, que es el nombre del sitio de su nacimiento en el Africa y cerca de la antigua ciudad de Cartago. Parece que se cria en la marina junto á la costa, de donde la pusieron el sobrenombre que tiene. Otros creen que en la misma ribera del mar se forman del flujo y reflujo; y aun dicen, contra lo que llevamos dicho, que se hacen mas duras que los záfiro; pero faltan hechos evidentes que lo prueben. Las hay blancas y tan vivas que á la luz parecen diamantes, siendo comunmente muy limpias. Las que generalmente se poseen en España son las occidentales. Téngase presente que el záfiro, la amatista y la agua-marina son tres piedras que muchas veces se presentan blancas, sin que se advierta en ellas la menor tintura de color, y que es necesario tener mucho conocimiento para no confundirlas y distinguirlas unas de otras.

M. M.

LA DESPEDIDA.

(Fragmento de una leyenda.)

Todo en silencio yace. La luna placentera
Esparce por do quiera su amarillenta luz,
Y allí está un caballero, en cántiga amorosa
Cantándole á su hermosa al son de su laud.

Es Julio que se parte para sangrienta guerra,
Y abandona la tierra que le miró nacer,
Corriendo presuroso por alcanzar la gloria,
Y el lauro de victoria sobre su frente ver.

Alza la vista el jóven, á las ventanas mira,
Distingue ya de Elvira la forma angelical,

La voz al viento dando, pintando su tormento,
Un plácido concento entona celestial.

«Escucha, hermosa Elvira,
El lastimero acento,
Que en sus alas el viento
Hasta tí llevará.

Escucha de tu Julio
La amante cantilena,
Que de tristeza llena
Un «adios» te dirá.

En una misma rama
Dos hojas se sustentan,
Unidas se presentan
Con amoroso afán;

Mas el invierno helado
Del árbol las arroja,
Y una hoja de otra hoja
Separa el huracan.

Así de mis amores
Viviré separado,
Así, dueño adorado,
Moriremos los dos.
Acuérdate, mi Elvira,
De tu leal amante,
Que en su pasión constante
Viene á decirte «adios.»

Aquí callára Julio, y presuroso el eco
En son confuso y hueco su canto repitió.
De pronto temblorosa la voz de su adorada
Sintiera que turbada así le contestó:

«Después de los horrores
De la fatal tormenta,
El temeroso alienta
Mirando al sol brillar.

No pierdas la esperanza;
Tras noche aterradora
Llega rosada aurora
La sombra á disipar.

Tú volverás, mi Julio,

Tú volverás triunfante:

Corona deslumbrante

Circundará tu sien.

¡Adios! ¡adios! No dudes

De la constante Elvira,

Pues si su Julio espira....

Espirará también.»

Tendió su blanca mano, y Julio delirante

Con éstasis amante sus lábios acercó:

De despedida un beso castísimo, sonoro,

Cual de querubenes coro, los ámbitos cruzó.

CARLOS * * *

REVISTA DE TEATROS.

Príncipe.

El amante universal (de D. Patricio de la Escosura) nos ha parecido que no engrandecerá el nombre de su autor, á pesar de haber sido llamado á las tablas la noche de su estreno, lo que no pudo verificarse por estar ausente.

Desde luego nos pesa que haya puesto una faja y la gran cruz de San Fernando al protagonista, destinado á hacer el papel de un mancebo calavera, por mas que sea una verdad el que existen generales jóvenes; y aun cuando acaso los haya enamorados y tarambanas, nunca creemos que puedan mirarse como un tipo dado.

El general ama á tres mujeres: una duquesa ya entrada en edad, una sobrina semi-inocente, y una viuda condesa, á quien quería con delirio un marino amigo del general, aun antes de su casamiento. Lo notable es, que á todas las ama de corazón y no con fingimiento. Tampoco juzgamos exacto este modo de sentir.

Sigue la comedia entre amoríos y quejas, bien pronto desvanecidas por el héroe, hasta que en el 2.º acto se sabe que á la duquesa la pretende un banquero, de la escuela de Moralin, y á la soltera un diputado-orador-tonto: esto entendimos, y si así es, no sabemos descifrar este enigma.

Las tres novias aparecen en reata buscando al general para pedirle datos sobre sus amores y nota de cada novia; mas de tal modo las despacha el universal amante, que se nos figura imposible no siguiera un bofetón á sus respuestas.

Las damas se enamoran mas y mas, cosa muy propia, con ver que el general las deja indiferente, aconsejando á sus pretendientes que matrimonien; y las tres, también juntas, le citan á las 3, ¡coincidencia notable! para tener una esplicacion.

De este modo es consiguiente que las heroínas se hallen todas juntas, cuando disertando el general, de un modo raro, deja conocer que se está divirtiendo, sin que ellas traten de acabar dignamente un enredo para el que parecen niñas. Sin embargo llega este momento, y eligiendo cada una á su pretendiente, dejan al general postergado. Esto último no deja de tener imitaciones en la milicia.

Moral que hemos deducido: que no se debe amar á muchas *de verdad*, porque vendrán otros novios y se casarán con ellas, dejándole á uno libre, *que es lo que desea* con ansia, segun dice el protagonista.

La versificación es muy buena; la ejecución excelente; la comedia entretiene y hace reir, y esto la recomienda. El Sr. Escosura vale mucho, pero no lo ha manifestado en esta producción, segun nuestro juicio.

Aquí volvemos á anatematizar los sainetes, clamando por otras composiciones de mas valor y mas adecuadas al gusto actual, ó por nada. Acaben en buen ora las funciones con el último acto ó con baile, y ganarán mucho el público y la empresa.

Cruz.

Después de haber puesto en escena *El escondido y la tapada*, menos que regularmente ejecutada, ha vuelto á aparecer *El Sacristan de San Lorenzo* en las tablas; es decir, la llamada parodia de *La Lucía*. ¡Pobre Moriani!... ¡Pobres madrileños!... Se trata de poner en ridículo á uno de los artistas mas notables, reconocido en *toda Europa* por el segundo tenor; porque vive Rubini: si un extranjero vé *El Sacristan de San Lorenzo*, ¿qué dirá del público de la corte?... Y si recuerda que Moriani ha cedido sus beneficios, que tanto valian á los desvalidos y casas de misericordia, ¿qué añadirá á lo que se nos ocurre?... Para la Cruz no sabemos si hay algo respetable y digno.



8. LA ELEGANCIA.
ENTRADA 25.

Jo.

EL

